

## **SANTA RITA DE CASIA, VIUDA**

**Día 22 de mayo**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**F**rente los pueblos fértiles del reino de Umbria, pertenecientes al obispado de Espoleto, es uno Casia, a cuya jurisdicción pertenece Roca-Porrena, donde, en el siglo xiv de nuestra Era cristiana, vivían dos esposos con admirable edificación en su dichoso matrimonio, distinguiéndose sobre otras virtudes en la especial gracia de componer discordias, llamados por lo mismo pacificadores de Jesucristo. Sentían en el alma verse privados de sucesión para su consuelo, y para conseguirla recurrieron á Dios por medio de oraciones fervorosas y obras de piedad, suplicándole se dignase concederles fruto de su bendición. Oyó el Señor agradable sus peticiones, y, repitiendo con la madre de Rita los prodigios de fecundidad que antiguamente en Ana é Isabel, concibió en su ancianidad. Admirada de la novedad, la consoló un ángel con la agradable noticia de que daría á luz una hija muy amada de Dios y estimada de los hombres por su eminente virtud. Desde luego quiso el Cielo manifestarlo así, pues nació sin el menor dolor de su madre, dispensando en esto el Todopoderoso la ley penal impuesta á todas las mujeres en cabeza de Eva, por los méritos previstos en la recién nacida, por cuya boca se vio salir y entrar, estando en la cuna, un prodigioso enjambre de abejas blancas como la nieve, indicio nada equívoco de su inocencia y candor, de su dulzura y suavidad.

Dudaban los padres sobre el nombre que se le había de imponer en el bautismo, y se les reveló fuese el de

**Rita, jamás oído en el mundo, expresión significativa de su rectitud, como lo acreditó en su prodigiosa vida. Prevínola Dios con sus dulces bendiciones; dotóla con un corazón noble, generoso y compasivo, de un entendimiento vivo, sólido, penetrante y perspicaz, y de una propensión natural á la virtud. Todas estas cualidades ahorraron á sus padres las penosas fatigas de una costosa educación, y tuvieron el consuelo de ver en la niña un pequeño prodigio de la divina gracia, que parecía obraba en ella con más actividad que la misma naturaleza. La lección de los libros piadosos y otros muchos ejercicios de devoción eran todos los entretenimientos de Rita en su infancia, notándose ya en aquella tierna edad sumo horror á cuanto podía lastimar levemente la pureza, indiferencia y aun desprecio total á las galas y vanidades; persuadida que los adornos exteriores, por más preciosos y ricos, no pueden dar un solo grado de mérito á las doncellas cristianas.**

**Su hermosura, su modestia y su compostura, acompañadas de cierto aire de santidad que se dejaba ver siempre en todas sus acciones, le mereció el concepto de la virgen más prudente y cabal de su siglo; y amada por lo mismo cada día más de sus padres, vinculando éstos toda su felicidad en proporcionarla el más ventajoso matrimonio, apenas llegó á la edad competente la prometieron á uno de los muchos que se declararon pretendientes de su mano, sin consultar con la inclinación de la hija ni tener atención á la resuelta determinación que ya había tomado de consagrar al Esposo eterno su virginidad. Sintió Rita en el alma golpe tan inesperado, y, consultando en semejante conflicto con el Señor, le inspiró obedeciese á sus padres, siguiendo en esto la Divina Providencia el designio de que fuese un modelo de perfección en el estado del matrimonio, como lo había sido en el de virgen.**

Luego que entró Rita en el nuevo estado, hízose cargo de las obligaciones y trabajos de él. Su primer cuidado fue estudiar el genio, la inclinación y el humor de su marido, para darle gusto en todo; pero tuvo la desgracia que manifestó á breve tiempo una condición brutal, cuyas pasiones dominantes eran la cólera y una desenfrenada incontinencia. Aunque la Santa se dedicó á templar la una con su modestia y apacibilidad, y la otra con su paciencia y disimulo, con todo, dejándose conducir el bárbaro marido de su destemplanza, hacía que fuese víctima de su furor la esposa que por título alguno merecía; llegando sus desprecios al extremo de injuriarla con indecentes palabras, y maltratarla con peores obras. Sufrió Rita con indecible paciencia tan deshecha tempestad por espacio de doce años, resignándose en todo á la voluntad de Dios. El único consuelo que tenía en sus aflicciones era el recurso á la poderosa intercesión de la Santísima Virgen, y al patrocinio de San Juan Bautista, San Agustín y San Nicolás de Tolentino, á quienes profesaba particularísima devoción, empleándose en rigurosos ayunos y obras de piedad, pidiendo á Dios mudase la condición de su esposo. Oyó el Cielo sus reverentes súplicas, y haciendo que reflexionase el bárbaro los grandes ejemplos que en tanto tiempo había observado en su mujer, admirado de su apacibilidad, de su sufrimiento y demás virtudes, se convirtió en manso cordero de un fiero león, no siendo ya aquel colérico, altivo, soberbio, disoluto, sino otro por el contrario, modesto, humilde, casto y temeroso de Dios.

Serenada tan terrible borrasca, llena Rita de gozo por semejante transmutación, se aplicó enteramente á la educación de los hijos que se sirvió darla el Señor, y al gobierno de su familia, alentándoles á todos á seguir por el camino de la virtud con sus sabias exhortaciones y admirables ejemplos. Ocupada en estos oficios propios de su obligación, ocurrió la muerte desgraciada de su

marido, la cual sintió con su acostumbrada piedad, y procuró encomendarle á Dios por cuantos sufragios y obras meritorias recomienda nuestra santa religión. Pero precaviendo que pudiera trascender á sus hijos el resentimiento del violento homicidio de su padre, no satisfecha de exhortarlos continuamente á que en ningún tiempo debían tomar venganza, sino perdonar al agresor, por ser así la expresa voluntad de Dios en su sacrosanta ley, suplicó al Señor los llevase para sí (siendo su voluntad), á fin de que no incurriesen en semejante criminalidad; cuya oración fue oída por Su Majestad.

Viéndose Rita desembarazada de todo lo que la podía detener en el mundo, resolvió poner en ejecución los primeros deseos de consagrarse al Señor. Pasó á este efecto al monasterio de Santa María Magdalena, del Orden de San Agustín, sito en Casia, donde pidió el hábito de religiosa con humildes ruegos y súplicas fervorosas; pero se lo negaron por tres veces, disponiéndolo así Dios para que fuese su entrada más ruidosa. Conformándose con la voluntad divina, se propuso formar en su habitación un retiro para servir en él á Dios, como pudiera en el claustro la más perfecta religiosa; ocupándose en cuantos laudables ejercicios recomienda el Apóstol en las verdaderas viudas cristianas, brillando en este estado con el mismo ejemplo maravilloso que en el de virgen y en el de casada.

Estando una noche en fervorosa oración, oyó tocar á la puerta y llamarla por su nombre; pero, no habiendo visto á persona alguna, luego que salió á responder por la ventana, volviéndose al mismo ejercicio, quedó en un éxtasis admirable, y en él se la aparecieron tres respetables varones, que la dijeron con dulces palabras: *Ven, Rita amada, pues es tiempo ya de que entres en el monasterio, del que has sido tantas veces rechazada.* Consolada con tan extraordinario favor, acompañada de

los tres venerables emisarios, que lo fueron San Juan Bautista, San Agustín y San Nicolás de Tolentino, caminó por un espantoso sitio que está á la ribera de Roca-Porrera, y entró en el monasterio de Casia estando cerradas todas las puertas y ventanas, con particular admiración de las religiosas, que, en vista del prodigio, tuvieron que admitir por fuerza superior á la que no quisieron voluntariamente, sintiendo entonces haberla rechazado tantas veces.

Constituida ya dentro del claustro, se llenó el corazón de Rita de imponderable consuelo al verse retirada del mundo, para dedicarse enteramente al servicio del Señor; acompañando al despojo de todos los bienes de la Tierra el sacrificio de su propia voluntad. Sin embargo de estar tan acostumbrada en el siglo á tanta oración y á tan rigurosas mortificaciones, luego que vistió el hábito se adelantó considerablemente en semejantes ejercicios; sujetóse rendidamente á todas las menudencias de la Regla, huyendo cuidadosamente de toda singularidad; y reputándose indigna de estar en la compañía de las religiosas, se humillaba continuamente delante de ellas, y no había en el monasterio oficio tan humilde y trabajoso que no deseara hacer. Ninguna novicia principió con más fervor la vida religiosa, ni hizo en breve tiempo mayores progresos en la carrera de la perfección. Oyó un día en el sacrificio de la Misa cantar aquellas palabras del Evangelio que dijo Jesucristo á sus discípulos: *Yo soy el camino, la vida y la verdad; é ilustrada perfectamente en el significado de estas expresiones, quedó tan encendido en el amor de Dios como si fuese un abrasado serafín.*

Con estas preparaciones hizo su profesión, y en la noche siguiente á la solemnidad de aquel acto tuvo la dicha, como otro patriarca Jacob, de ver una escala que llegaba desde la Tierra al Cielo, adonde la dijo su Esposo

**Jesucristo que había de llegar por los grados de sus votos. Alentada con este extraordinario favor, hizo Rita empeño de satisfacer las promesas hechas á Dios, y, en efecto, las cumplió en términos que llenó de admiración á las más perfectas religiosas. Jamás se vio en el claustro más ciega obediencia, mayor pobreza evangélica, ni castidad más pura. Quiso probar la priora la obediencia de Rita, mandándola regar un tronco seco del huerto por mucho tiempo, y sufrió sin replicar este penoso é inútil ejercicio, hasta que la alzó el precepto. La misma exactitud observó en la pobreza, bien justificada en la renuncia total de cuantos bienes poseía en el siglo; viviendo gustosísima atendida á la Providencia. En cierta ocasión que pasaba á Roma con sus hermanas (cuando no guardaban clausura las religiosas) á ganar el Jubileo, dio una prueba nada equívoca del amor que profesaba á esta virtud, arrojando á un río una moneda que se hallaron, exhortándolas que debían caminar confiadas sólo en la protección de Dios. Su delicadeza en la observancia de la castidad fue tan escrupulosa, que la mereció el renombre de angélica. Hizo el príncipe de las tinieblas los más fuertes ataques para manchar su pureza, representándola los objetos más vivos y libidinosos; pero fueron en vano todas sus fuertes tentativas, porque las más furiosas y vehementes sugerencias sólo sirvieron de vergonzosa confusión á los espíritus malignos, quedando siempre victoriosa Rita de las baterías de todo el Infierno.**

**La penitencia con que nuestra Santa castigó su cuerpo llenó de asombro á los espíritus más robustos. Sobre los rígidos ayunos que hacía en los días prescritos por la Iglesia, en las dos cuaresmas, además de la común para todos, y de los que ejecutaba á pan y agua en todas las vigilias de las festividades de María Santísima, añadía otras asperísimas mortificaciones. Todos los días tomaba tres sangrientas disciplinas: la primera, con**

**cadenillas de hierro, por sufragio de los difuntos; la segunda, con correas, por los bienhechores; y la tercera, con cordeles retorcidos, por la conversión de los pecadores; contestando á las que la reconvenían por este rigor con el Apóstol, que castigaba su cuerpo para reducirle á la servidumbre de la razón, y desarmar de este modo al enemigo infernal; dejándose ver en medio de tan excesivas maceraciones acompañada de apacibilidad, dulzura, suavidad y una modesta alegría para con todos.**

**Portentosa Rita en todos los referidos ejercicios, en lo que más se dejó admirar fue en el modo maravilloso con que estaba dedicada á la oración; aunque todo el discurso del día, ó por mejor decir, todo él, todas las horas y todos los instantes se hallaba su mente elevada á Dios, se destinaba con especialidad á este santo ejercicio desde la media noche hasta romper la aurora; pareciéndola tan corto este tiempo, que se quejaba no pocas veces del Sol, porque al salir la inquietaba con sus rayos de la quietud y reposo en que estaba anegada con el silencio de la noche en dulces contemplaciones; en las cuales no pocas veces se dejaba ver en amorosos éxtasis, el cuerpo inmóvil, los ojos levantados al cielo, ó clavados fijamente en la imagen de un crucifijo, el rostro inflamado con el fuego del amor divino; tan agradable y pacífico, que mostraba bien los deliciosos consuelos que disfrutaba su alma.**

**Contemplando cierto día en el vehemente dolor que padecería el Señor cuando le pusieron la corona de espinas, le suplicó se dignase hacerla participante de aquella pena; y con efecto, condescendiendo Jesucristo con sus ruegos, le fijó en la frente una aguda espina de su corona, la cual, sobre él dolor más vivo que la causó, la produjo una herida incurable, siempre llena de gusanos y de putrefacción, cuyo intolerable hedor la hizo**

separarse de sus hermanas para no serlas molesta, quedando con este motivo sola y en plena libertad para comerciar únicamente con Dios. Sufrió con indecible paciencia todo el discurso de su vida esta penosísima mortificación, á excepción de un corto tiempo que pasó á Roma á ganar el Jubileo, en el que, por haberse resistido la superiora á concederla este permiso por razón de la asquerosidad de la llaga, se la cerró prodigiosamente; bien que, á su regreso al monasterio, se volvió á abrir, manteniéndose en la misma disposición hasta su muerte.

El mérito que contrajo Rita en el dilatado tiempo de su padecer, y el grado á que se elevó su espíritu en la contemplación, 'no son fáciles de poderse explicar; como ni tampoco el heroísmo en toda clase de virtudes teológicas y morales. A la fama de su eminente santidad concurrían innumerables personas de todas partes con el fin de admirar aquel oráculo celestial, por quien el Espíritu Santo dispensaba sus dones con liberalidad en favor de aquellos por quienes se interesaba la caridad de su amada sierva. Admirable entre otras gracias especiales la de su conocimiento, penetración y explicación de los más sublimes misterios de nuestra santa fe.

Visitóla el Señor últimamente por medio de una penosa y dilatada enfermedad, en la que dio ejemplo de sufrimiento y resignación con la divina voluntad, sin que perdiese nunca, en medio de los dolores, su apacibilidad, su tranquilidad y su paciencia inalterable. Sobre todo llenó á las religiosas de admiración el ver cómo se podía mantener tanto tiempo con el corto alimento que tomaba, creyendo que la frecuencia de la sagrada Eucaristía supliría el sustento corporal. En fin, consumida aquella bienaventurada víctima, más á violencia del amor divino que al rigor de la enfermedad; después que recibió los últimos sacramentos, con la devoción y ternura propias



**de su espíritu, todo abrasado en divinos incendios, y de haber pedido á sus hermanas perdón por sus defectos; recreada con la vista de su amado Esposo y de su Santísima Madre, que la dejaron anegada en dulces contemplaciones, rindió su espíritu en manos del Criador, el 22 de Mayo de 1456, quedando su rostro tan hermoso y apacible como si estuviese dormida.**

**Luego que expiró, dio el Cielo grandes pruebas de la santidad y gloria de su fiel sierva por medio de muchos prodigios. Inmediatamente despidió su cuerpo una fragancia sobrenatural que trascendió por todo el monasterio, y se tocaron por sí las campanas de Casia, anunciando el dichoso tránsito de aquella amada esposa de Jesucristo. Pero lo más admirable fue verse convertida en resplandor brillantísimo la llaga de su frente, que hasta entonces se mantuvo llena de gusanos y putrefacción. Tuvieron las religiosas en el féretro su cadáver algunos días para satisfacer la devoción de la multitud de gentes que concurrían á venerarle; después le depositaron en el mismo oratorio en que tuvo la dicha de ser participante de las espinas de la corona del Señor, donde se conserva con reja al coro y á la iglesia, para que tanto las religiosas como el pueblo puedan disfrutar la vista de aquel venerable cuerpo, que se mantiene, después de tantos siglos, incorrupto, con los mismos síntomas, color y flexibilidad que si estuviese dormido; con la particularidad de participar igual incorruptibilidad los vestidos con que se enterró, y aun los que usó en vida.**

**La multitud de milagros que obró el Señor por la intercesión de Rita movió á las religiosas de Santa María Magdalena de Casia á que solicitasen de la Silla Apostólica su beatificación y canonización, y reunidas sus eficaces súplicas con las de los pueblos de Umbría y de toda la religión de San Agustín para con Urbano VIII,**

constando á Su Santidad los mismos prodigios cuando fue obispo de Espoleto; concluidos los procesos informativos correspondientes, la declaró Beata por su bula de 2 de Octubre de 1627, y por fin fue canonizada por León XIII el 24 de Mayo de 1900, juntamente con San Juan Bautista de La Salle.

En el día que se celebró la fiesta de su beatificación, entre otros muchos milagros, se advirtió, con particular admiración de la multitud de concurrentes, que abrió la Santa los ojos tan refulgentes como si estuviese viva, habiéndolos tenido cerrados hasta entonces; y continuando Dios en hacerla maravillosa, todos los años, en el día de su festividad, se levanta su cuerpo del fondo donde esta hasta la superficie de la reja. Y cuando alguno de los superiores quiere ver su cuerpo, ó por devoción, ó por otro motivo, se eleva á la superficie del arca para ofrecerse á la inspección más fácilmente. Notándose también que, cuando el Señor quiere hacer algún milagro por su intercesión, se percibe algunos días antes un olor fragantísimo en el monasterio.

### **La Epístola es del cap. 3 del libro de Tobías.**

A ti, Señor, vuelvo mi rostro, á ti dirijo mis ojos; ruégote, Señor, que me desates del lazo de esta ignominia, ó á lo menos me levantes de la tierra. Tú, Señor, sabes que jamás deseé algún hombre, y he conservado mi alma pura de todo apetito. Jamás me mezclé con los que se divierten, ni tuve amistad con aquellos que caminan con levedad.

## **REFLEXIONES**

Nunca concurrí ni me mezclé con los que gustaban de divertirse. Si las diversiones de las gentes del mundo son tan inocentes como ellas dicen; si no hay culpa ni

**peligro de ella en divertirse como ellas se divierten, ¿á qué fin alega Sara por mérito el no haber concurrido con ellas á sus inocentes diversiones? En medio de eso, todo el plan de vida que se forman los mundanos se reduce á una cadena, á un enlace, á una serie perpetua de pasatiempos; los que no se hallan en todo son mirados con un género de lástima, con una especie de compasión, así de los jóvenes aturdidos como de las mujeres atolondradas.**

**Tiranizado el entendimiento por las pasiones, todo él se consume en discurrir arbitrios para calmar la inquietud de un corazón hambriento perpetuamente. Gastan todo el tiempo en visitas, en el juego y los espectáculos.**

**Asegura el Señor que esto de salvarse cuesta mucho; que para entrar en el Cielo son necesarios grandes esfuerzos; que el camino que conduce á la vida es apretado y estrecho. Pues ciertamente que, si se salva la mayor parte de los cristianos, no es tan fácil como parece el cumplimiento de estos divinos oráculos. ¿Qué esfuerzos hace para entrar en el Cielo toda esa multitud de cristianos brillantes, para quienes todos los días son días de pasatiempos, y toda la vida es una continua cadena de fiestas exquisitas y de nuevas diversiones?**

**Pero ¿qué mal hay en divertirse?, dicen algunos. Mas yo les quisiera preguntar: ¿y será vida digna de un cristiano una vida malograda en mil inutilidades, fatigada, por decirlo así, del mismo regalo y de la misma ociosidad? ¿Y será posible que no haya ningún mal en una vida que se confiesa poco digna de un cristiano? Diviértese la gente, dicen otros, porque no sabe qué hacerse; ¡bellamente! Pero respóndanme: y las obligaciones de un cristiano ¿le permiten jamás el no tener que hacer? ¿Es posible que precisamente porque no sea hombre de conveniencias, persona de distinción, sólo**

porque sea joven, no tiene obligaciones que le ejecuten, ni materia precisa en qué emplear el tiempo? ¡ Ah, de qué diferente manera se discurre á la hora de la muerte! Aquel lecho y aquella hora son la verdadera luz á la cual descubrimos muchas obligaciones que antes no se veían. ¿Y se creerá entonces que las diversiones mundanas eran una ocupación verdaderamente honesta é inocente? ¿Dará gran consuelo en aquella hora el haber pasado una vida tan poco cristiana?

### **El Evangelio es del cap. 6 de San Mateo.**

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: la antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz, pues, que hay en ti se hace tenebrosa, ¡cuan grandes serán las mismas tinieblas!

## **MEDITACIÓN**

### **De la ceguedad interior.**

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que el conocimiento es la luz del alma, como la vista lo es del cuerpo; quítale al hombre esta luz, y quedará en tinieblas; despoja al alma de aquélla, y se precipitará en la ignorancia. Las tinieblas materiales causan la ceguedad del cuerpo, y la ignorancia la del alma. Esta ignorancia (cuando es culpable) hace que á un mismo tiempo se ignore y se cometa el pecado, ó autorizando la pasión, ó desviando la atención.

Si se peca (dicen algunos) será porque no se aplica la necesaria reflexión para evitar el pecado; si se peca será por falta de consideración, en fuerza de la cual no se piensa que él divertirse, el jugar, el vivir en honesta

**ociosidad y con todo el regalo posible sea una gran culpa. ¿No se piensa? Pues ¿en qué se piensa, si la ley santa de Dios, si las obligaciones de cristianos, si el Evangelio de Jesucristo, si el importante y espinoso negocio de la salvación no se llevan todas nuestras atenciones y no fijan nuestros deseos y nuestros pensamientos?**

**De buena fe ¿creemos que Dios nos ha de juzgar por el particular sistema de conciencia que cada uno se forma voluntariamente? Apodéranse las pasiones del corazón y tiranizan el entendimiento; todo se juzga en su Tribunal; admítase lo que ellas aprueban y se condena lo que reprueban ellas. Ellas son las que en los hombres mundanos fabrican aquel extravagante sistema de conciencia que allá se forjan ellos mismos; y todavía querrán que Dios se haya de gobernar precisamente por esta obra de las pasiones, cuando se trate de pronunciar sentencia definitiva sobre nuestra eterna suerte. Todavía pretenderán que entonces haya de excusar el Señor nuestras flaquezas. ¿Qué concepto hacemos, Dios mío, de vuestra justicia y de vuestra prudencia, cuando imaginamos que unas ilusiones y unos errores tan voluntarios han de ser la regla de las costumbres?**

**PUNTO SEGUNDO.—Considera que la pasión es la que ordinariamente causa la ceguedad. La pasión nunca discurre, siempre es ciega. Tiene ojos, mas sólo para ver los objetos con los colores que ella los presta. ¿Aborrécese á una persona? Pues no es menester más para que nos dé en rostro todo lo que hace.**

**La enfermedad de los fariseos se ha comunicado, se ha pegado á los hombres del mundo; entre éstos, la pasión es la que decide, no la razón ni la religión. Dicen que tienen horror al pecado, pero no quieren que haya pecado en aquellas cosas que les lisonjean. Sóbranos luz**

para descubrir una paja ó átomo que no nos interesa, como sea en los ojos de otro, pero no vemos una viga de lagar en los nuestros. No se atrevían los fariseos á entrar en el palacio de Pilatos, por no contaminarse; es evidente que la delicadeza de conciencia era exquisita; pero al mismo tiempo pedían sin escrúpulo la muerte del Salvador. ¡ De cuántas copias será original esta farisaica conducta !

Mas la ceguedad del alma, no solamente es un gran mal; es muchas veces efecto del pecado mismo. Has resistido por largo tiempo á las luces de la gracia, pues amortiguáronse. No te has aprovechado de los talentos, pues dejáronte con los precisos. Has ahogado las más fuertes inspiraciones, pues ya no te hacen impresión. Cerraste los ojos á los rayos del sol, pues se obscureció para ti. Y entonces, Dios mío, ¡ qué de tropiezos, qué de engañosas ilusiones, qué de falsas ideas! *Doce horas tiene el día* (dice el Salvador): *el que camina con él no tropieza; pero el que camina de noche anda tropezando porque le falta la luz. Caminad mientras os alumbrá la luz, no sea que sobrevenga la noche. El que camina en las tinieblas no sabe por dónde va.*

Libradme, Señor, por vuestra misericordia de un mal que conduce á la mayor de todas las desgracias. Y, pues todavía me alumbráis para que conozca el peligro, haced, Dios mío, que le evite y que trabaje seriamente en mi salvación mientras me ilumina la luz.

## JACULATORIAS

Haced, Señor, que vea y que no camine en tinieblas.—*Marc.*, 10.

Abrid, Señor, mis ojos para que jamás se cierren con el sueño fatal de la muerte eterna.—*Ps.* 12.

## PROPÓSITOS

1. La ceguera interior, tanto es más funesta cuanto es más voluntaria y, por lo mismo, más dificultosa de curar. El ciego de Jericó gritaba con todas sus fuerzas: *Señor, tened misericordia de mí.*— Pregúntale el Salvador: *¿Qué quieres que se haga contigo?*, sólo por oírle decir: *Señor, que vea.* No pide que le curen el que no se imagina enfermo. Pocos ciegos hay de alma y de corazón que juzguen están verdaderamente ciegos; por eso hay pocos que sanen de su ceguera. Este es el estado más infeliz de todos los estados; considéralo como tal, y, por tanto, desconfía de tu propio juicio, de tu propia opinión, de tus limitados alcances, y sujétalos con docilidad, no sólo al juicio de la Santa Iglesia, sin lo cual no hay salvación, sino también al de los que te gobiernan, sin lo cual corres gran peligro de descaminarte y de precipitarte en el error. Serás dócil si fueres humilde; la ceguera interior siempre es efecto del interior orgullo y de la corrupción del corazón.

2. El Evangelio es la regla de las costumbres; viven ciegos los que sólo se gobiernan por las máximas del mundo; de aquí proviene aquella fatal seguridad de sus descaminos. Todas las pasiones ciegan; desconfía de todo lo que tiene parentesco con ellas, y guárdate bien de juzgar ni aun la más mínima cosa en su tribunal. Observa las advertencias siguientes: primera, te ha inquietado ó te ha desobedecido un hijo, un súbdito, un criado; disimula, difiere la corrección hasta que estés sosegado y tranquilo; segunda, la misma regla has de observar con todos los que te ofenden; tercera, profesa una humilde, ciega y perfecta sumisión á todas las decisiones de la Iglesia, como también una entera deferencia á las órdenes de tus superiores; cuarta, condena todas las máximas del mundo y mira su espíritu con horror; quinta, ten un director santo, ó por lo menos

**sabio y desinteresado, y nada obres sin su consejo ó sin su orden. No te fíes de tu prudencia. Vemos las caras de los demás, pero no vemos la nuestra; no es mucho que no descubramos nuestras manchas.**